# UGO FOSCOLO

## A LA NOCHE

TRADUCIDO POR *Victoria León*



LA VELETA 2026 GRANADA

# UGO FOSCOLO

## A LA NOCHE

TRADUCIDO POR *Victoria León*

LA VELETA 2026 GRANADA

A LA NOCHE

## *20 LA VELETA 26*

DIRIGIDA POR Andrés Trapiello




| | | |
|---|---|---|
| 90. | Luis Bravo | LAS HORAS GRISES |
| 91. | Jesús Montiel | UN PALACIO SUFICIENTE |
| 92. | Enrique García-Máiquez | VERBIGRACIA |
| 93. | José Alcaraz | LAS DEMORAS |
| 94. | Juan Bonilla | POEMAS |
| 95. | Francisco Sánchez Bellón | SIETE PALABRAS |
| 96. | Louis Brauquier | TIERRA ADENTRO |
| 97. | Ernesto Baltar | ESTANCIAS ROMANAS |
| 98. | Antonio Moreno | PARA UNA COLECCIÓN DE CONCHAS |
| 99. | Juan Marqués | DE QUÉ VAS A VIVIR |
| 100. | Emily Dickinson | ¿ERES NADIE TAMBIÉN? |
| 101. | Sebastián Taberna | VÍNCULO |
| 102. | Gerardo Diego | PÁJAROS |
| 103. | Ugo Foscolo | A LA NOCHE |
| 104. | Rafael Adolfo Téllez | LA TABA |
| 105. | Francisco Sánchez Bellón | LOS RACIMOS DE AGOSTO |

( Viñeta: José Saborit )

UGO FOSCOLO

# A LA NOCHE

(Sonetos, *Los sepulcros*)

Traducción de
VICTORIA LEÓN

LA VELETA 2026 GRANADA

© Traducción de VICTORIA LEÓN

© UGO FOSCOLO

© EDITORIAL COMARES
POLÍGONO JUNCARIL - C/ BAZA, PARCELA 208 - 18220 ALBOLOTE (GRANADA) ESPAÑA
TELF.: 958 46 53 82 • libreriacomares@comares.com
www.comares.com • facebook.com/comares
twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 979-13-7033-208-2 • DEPÓSITO LEGAL: GR. 1604/2026
IMPRIME: COMARES, S.L.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL
DE ESTE LIBRO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS EDITORES

# PRÓLOGO

*Y, mientras tu quietud contemplo, duerme*
*la furia que muy dentro de mí ruge.*

SI la personalidad inconfundible y tumultuosa, el temperamento atrabiliario y la férrea lealtad a la conciencia individual pueden considerarse el sello de muchos de los grandes poetas románticos, no cabe duda de que el autor de estos versos es uno de ellos. La vida de Ugo Foscolo fue una sucesión de exilios marcada por una incansable e infinita búsqueda de arraigo en la belleza y el ideal, ese hogar de los apátridas y reino de Ítaca de la más alta poesía.

Hijo del médico veneciano Andrea Foscolo y de Diamantina Spathis, oriunda de Corfu, Ugo Foscolo nació en 1778 como Niccolò Foscolo (pues el nombre de Ugo lo adoptaría en 1795) en la isla griega de Zante, por entonces parte de la república de Venecia.

El joven Foscolo frecuentó los círculos intelectuales de Giustina Renier Michiel e Isabella Teotocchi y Carlo Antonio Marín. Y, ya estudiante de la Universidad de Padua, fue discípulo de un Melchiorre Cesarotti devoto de Voltaire y de Ossian que ampliará considerablemente sus horizontes literarios más allá del marco de la literatura clásica que siempre lo fascinaría. Pronto empezaría a dar forma a sus

propias producciones poéticas, haciendo del mundo clásico (su mitología, su inventario de temas) tanto el armazón retórico como la materia misma de sus versos.

Probó suerte como autor de tragedias y escribió la obra teatral *Tieste* a los diecinueve años, que se estrenó el 4 de enero de 1797 en el teatro de Sant Angelo en Venecia ante una vasta concurrencia de espectadores y volvió a representarse durante nueve noches consecutivas ante un público admirado por la juventud del autor, pero más enardecido por la sed de ideas liberales de la época que por los méritos artísticos objetivos de la obra.

Tras el Tratado de Campoformio, firmado en octubre de aquel mismo año, por el que Venecia pasaba a manos austriacas, Foscolo emprendió un exilio voluntario del que nunca regresaría. Entre la indignación y el doloroso conflicto interior ante la perspectiva del exilio, el poeta tomaría primero el camino de la Toscana. Siguió luego hasta Florencia, donde conoció a un Vittorio Alfieri cuyo silencio y melancolía le causaron honda impresión. Y, finalmente, recaló en Milán, por entonces efervescente capital de la República Cisalpina recién creada por Napoleón, que había aglutinado entusiasmos juveniles y talentos llegados de toda Italia.

No era el estusiasmo el estado de ánimo de un Foscolo airado y misántropo que contemplaba desde la desesperanza los males de su patria y desconfiaba de las intenciones del corso. Pero tuvo allí la oportunidad de tratar a algunos de sus más ilustres compatriotas, como Giuseppe Parini o Vincenzo Monti, de cuya esposa, Teresa Pinkler (la misma que dará nombre a la protagonista de su célebre novela epistolar) llegó a enamorarse. Para indignación

del poeta, se aprobó por entonces un decreto que prohibía la enseñanza del latín en las escuelas públicas en favor del francés. Foscolo veía en las lenguas del mundo antiguo un conocimiento imprescindible y consideraba el latín el último vestigio de la gloria italiana. Y así lo expresa en uno de sus sonetos: «Ahora, Italia, a tu genio sacrificas / la última reliquia de tu imperio, / y así también tu celestial toscano / en el habla extranjera se deshace; / por ello, más que de tu manto roto, / de tu barbarie el vencedor se jacta».

Ya en 1798, el poeta se estableció en Bolonia con un empleo de ayudante del Canciller en el Tribunal Militar y fundó con su hermano Giovanni el periódico *Il genio democratico* al mismo tiempo que escribía *La últimas cartas de Jacobo Ortis*. Sin embargo, la invasión del ejército austrorruso puso fin repentino a la existencia de la nueva república, y Foscolo tuvo que refugiarse en Génova, donde se unió a la guarnición francesa comandada por Massena. Allí los franceses intentaron detener el avance del ejército invasor y el poeta, sirviendo bajo estandartes franceses, tuvo que enfrentarse al asedio de la ciudad y a una lucha prolongada y ardua en unas circunstancias que no tardaron en volverse trágicas, pues el hambre y la enfermedad causaban estragos terroríficos. Durante el mismo asedio, con ocasión del regreso de Napoleón de Egipto, Foscolo reimprimió su poema juvenil «Oda a Bonaparte» con una epístola en la que le suplicaba que no echara a perder su merecido renombre con los planes de una ambición desmedida. Pero lo más llamativo es que compuso la «Oda a Luigia Pallavicini, tras su caída del caballo», un poema de circunstancias plagado de referencias clásicas que resulta paradójico escrito en medio del hambre, la muerte y la vio-

lencia de la guerra. Como si una y otra vez Foscolo buscara refugiarse de la cruenta realidad en sus versos eruditos. Génova, reducida por el hambre, se rindió el 4 de junio de 1800 a condición de que la guarnición fuera llevada a Francia por la flota inglesa. Poco después la batalla de Marengo expulsaba a los austriacos de Italia, la República Cisalpina quedaba restaurada y Foscolo regresaba a Milán.

Su fama literaria se consolidó con la publicación de *Las últimas cartas de Jacopo Ortis*, novela epistolar con trasfondo político y argumento similar al célebre *Werther* de Goethe que de inmediato se popularizó. En ella el componente autobiográfico es claro, pues Foscolo compartió el exilio y el amor frustrado con su protagonista y, al igual que él, llegó a contemplar la muerte como refugio ante la adversidad. Unos temas que, junto con la contemplación de la naturaleza y el amor por el paisaje, aparecerán también en la mejor poesía —la de carácter más eminentemente lírico— de Foscolo.

En 1804 vuelve al servicio activo en Francia, donde lo destinan a Valenciennes. Y allí entabla relación con la familia Hamilton, gracias a cuya hija Sophia aprende la lengua inglesa. De ambos, tras una relación compleja, nacerá una niña, Floriana, que cobrará protagonismo en los últimos años de la vida del poeta. De esta época es su traducción al italiano del *Viaje sentimental* de Sterne, a la que antepuso la muy citada «Notizia intorno a Didimo Chierico», un texto satírico lleno de ironía que, a través de ese heterónimo, nos ofrece un curioso y prolijo autorretrato del autor lleno de peculiaridades. Chierico creía en la inspiración profética y sostenía que las artes podían ofrecer a los hombres una verdad más útil que las ciencias.

A su regreso, el norte de Italia gozaba de una época de gran prosperidad y el gobierno promocionaba a los hombres de letras más admirados del país. Foscolo, aunque aún servía como capitán, quedó así exento de sus deberes militares gracias a su prestigio literario y aprovechó esa libertad para marcharse de Milán temporalmente y fijar su residencia en Brescia. Allí vivió en una casita en la montaña, no lejos de la ciudad, donde pasaba los días trabajando en su estudio hasta el atardecer y con voz teatral y estentórea recitaba a sus visitas poesía antigua o los poemas propios que estaba componiendo. Fue la época en que escribió *Los sepulcros*. Poco después vería la luz su traducción del libro primero de la *Ilíada*, y en 1808 obtendría la cátedra de Elocuencia de la Universidad de Pavía, un puesto que antes habían ocupado Monti y Cesarotti. Su discurso inaugural, «Sobre el origen del oficio de la literatura», fue recibido con entusiasmo. Sin embargo, pronto la cátedra se suprimió y, frustrada así su expectativa de seguridad económica, Foscolo se retiró a una villa en la Toscana en la que empezó a escribir su «Oda a las Gracias», un extenso poema que quedaría inconcluso. Acuciado por las dificultades financieras, finalizó también su tragedia *Áyax,* que estrenó en Milán en medio de una gran expectación. Pero sus enemigos hicieron correr el rumor de que el Agamenón de la obra era un trasunto de Napoleón. Y, en lugar de negarlo, Foscolo guardó un misterioso silencio al respecto; lo que favoreció así que se propagara de manera inquietante por la ciudad la idea de que se había burlado de él sobre las tablas. Aceptando entonces otro nuevo exilio de Milán, regresó a la Toscana, donde junto al Arno y a los pies de los Alpes, alquiló la misma casa en Camaldoli que al parecer habría habitado Galileo siglos atrás.

Tras la invasión rusa que inició el declive de Napoleón, Foscolo regresó a Milán, y allí se hallaba cuando los austriacos entraron en la primavera de 1815. Seis mil soldados de la guardia cívica, en presencia del ejército de ocupación, entregaron al general inglés, Macfarlane, una declaración escrita por el propio Foscolo en la que se reclamaba la independencia nacional y una constitución a los aliados. Pero su inquebrantable adhesión a la causa de la independencia italiana acabaría perjudicando al poeta, que al mismo tiempo que despertaba las suspicacias de los austriacos se había enfrentado a Monti y granjeado no pocas enemistades. Por eso, sin otro modo de mantenerse, cuando el gobierno austriaco le propuso trabajar en el plan de creación de un periódico aparentemente literario que, por supuesto, tenía propósitos propagandísticos, él aceptó. Rechazó escribir en él, pero ello no impidió que sus enemigos utilizaran esa colaboración para acusarlo de traición y espionaje. La víspera de la ceremonia de juramento de fidelidad a Austria, tras dejar una carta para despedirse de su familia en la que explicaba que no podía en conciencia prestar aquel juramento, Foscolo, sin pasaporte y sin medios económicos, partió a Suiza en un destierro definitivo.

Permaneció dos años en Zurich, donde escribió los discursos *De la servidumbre de Italia* y publicó en 1816 una sátira en latín titulada *Didimi Clerici prophetæ minimi Hypercalypsis liber singularis* para burlarse de quienes habían aceptado cargos bajo la nueva administración italiana. Pero la necesidad económica lo obligó a marcharse a Inglaterra y, gracias a la ayuda del embajador inglés en Berna, consiguió un pasaporte que le permitió hacer el viaje.

El 12 de noviembre de 1816 llegó al país. Los personajes más distinguidos lo visitaron a su llegada y el partido *whig* lo recibió y celebró como patriota exiliado que se había negado a someterse a un poder extranjero. Pero Foscolo no tardaría en encontrar dificultades para adaptarse a las costumbres de la sociedad inglesa, y la muerte de su madre en mayo de 1817 empeoró su estado anímico. Se retiró entonces a la soledad del barrio de St. John's Wood, en las cercanías del Regent's Park, donde, rodeado de libros y visitado por un puñado de amigos, se ganó la vida escribiendo para diversas publicaciones periódicas como *Edinburgh Review*, *Quarterly Review, London Magazine* o *European Review.*

De esta época son sus celebrados *Ensayos sobre Petrarca,* publicados en 1821 y surgidos de sus conversaciones con Caroline Russel, último gran amor no correspondido del poeta y destinataria de la oda en inglés «A Calliroe», que dejó manuscrita en dos de los veinticinco ejemplares impresos de la obra. A instancias de su amiga lady Dacre, dictó una serie de conferencias sobre literatura italiana durante 1823 que le reportaron un más que respetable beneficio económico de mil libras. Pero dilapidó enseguida sus recursos económicos en una casa que hizo construir y amueblar con toda clase de lujos para él y para su hija Floriana, y no tardó en pagar su falta de sentido común con el acoso de sus acreedores y el embargo de sus bienes. Un librero londinense le propuso entonces la idea de editar a Dante, Petrarca, Boccaccio y Tasso, labor que completó en el periodo de dos años.

Cayó enfermo poco después a consecuencia de una afección de hígado y se decidió finalmente a dejar Londres,

por lo que en diciembre de 1826 alquiló la modesta casa en Turnham Green en la que pasaría los últimos meses de su vida. Murió el 10 de octubre de 1827. Solo cinco amigos asistieron a su entierro en la cercana iglesia de Chiswick, aunque en 1871 sus restos fueron trasladados a la iglesia de Santa Croce en Florencia, donde descansan hasta hoy.

La coherencia fue el rasgo definitorio del carácter de Foscolo tanto en lo moral como en lo literario. Pocas veces la vida de un autor puede leerse en su obra y viceversa porque ambas se respaldan mutuamente como en su caso. Con admirable tenacidad, el poeta siempre se sobrepuso a los golpes de fortuna de una vida llena de avatares. Y, aunque no exento de vanidad y orgullo, la compasión, la valentía y una irreductible libertad de espíritu y pensamiento son las cualidades que dominan en su retrato moral.

Como uno de los grandes prerrománticos europeos, Foscolo dejó una abundante y diversa obra poética entre lo moral y didáctico y lo confesional y lírico en la que destacan indiscutiblemente sus doce sonetos y su gran poema cívico y filosófico, *Los sepulcros*. Unos poemas cumbre que además encarnan fidedignamente la personalidad del autor, mostrando la honestidad de los principios y la independencia de un poeta que daba sus mejores frutos cuando hacía de su propia individualidad el espejo de su tiempo y de su mundo en unos versos que brotaban de la sensibilidad y la convicción. Solo diez años mayor que Byron, con quien la comparación es inevitable, fue objeto de una semblanza biográfica de Mary Shelley, incluida en la *Cabinet Cyclopaedia* de Dionysius Lardner, donde la gran autora muestra su admiración personal y literaria por la figura del italiano. El exilio, la muerte, el amor, la historia, el auto-

rretrato no exento de ironía, la obsesión por la fama y la posteridad y la búsqueda de un sosiego inalcanzable son los temas centrales de una obra que refleja la renovación de la lengua literaria italiana y de sus géneros poéticos en los albores del siglo XIX. Y es imposible no ver también en él a un claro antecesor de Leopardi. Pero es la impronta de un estilo inimitable y de una verdad de vida que trasciende cualquier escuela lo que caracteriza su obra más valiosa y vigente: los sonetos y el poema *Los sepulcros* que recogemos en esta edición.

Cronológicamente, los sonetos pueden dividirse en dos series: los ochos publicados en Pisa en 1802 (compuestos entre 1798 y 1801) y los cuatro añadidos un año más tarde en *Poesie* (Milán, 1803). En los primeros domina la amargura del exilio y del amante desdichado y aparece la idea de la muerte frente a la voluntad de hallar un sentido a la existencia en el legado moral y literario. Encontramos también ese irónico autorretrato que nos hace pensar en nuestra tradición hispánica modernista (« […] de vicios y virtudes rico, sigo / a la razón y el corazón me guía»). Y, de fondo, siempre el amor a una tierra natal perdida e idealizada, a la madre lejana y al hermano arrebatado por la adversidad. Una elegía de la inocencia y la juventud perdidas que quedaba quintaesenciada en un verso lapidario: «No soy quien fui; de mí murió gran parte». Cuando el poeta maduro reprocha a las musas juveniles su abandono, es consciente de la pérdida de aquella pureza que aún hallaba esperanza en el dolor y que, en esa medida, podía transformarlo en materia poética. La crítica coincide en ver en los cuatro últimos sonetos un mayor dominio de la forma y de la contención emocional y una serenidad

que es fruto de la experiencia y de un espíritu ya templado por el sufrimiento. Pero en los doce hallamos la superación del modelo petrarquista y barroco en plena transición de lo clásico a lo romántico. Y en todos la individualidad irrenunciable del sujeto poético se eleva libre de cualquier resabio de didactismo o expresión consabida para alzar el vuelo hacia una poesía perdurable y capaz de convertir el pensamiento en honda experiencia emocional.

Con esa misma serena madurez y en ese estilo depurado, resuenan los versos de *Los sepulcros.* Un poema, a menudo comparado con la célebre *Elegía escrita en un cementerio de aldea* de Thomas Gray, que se inscribe dentro de una tradición de poesía sepulcral que tuvo gran difusión por toda Europa —con Young, Chateaubriand y Novalis entre sus más insignes cultivadores— y que en España inauguran las *Noches lúgubres* del gaditano José Cadalso, publicadas entre 1789 y 1790.

El poeta se dirige allí a su amigo Ippolito Pindemonte a propósito de una polémica derivada de la Ley de Saint-Cloud que, promulgada por Napoleón en julio de 1804, obligaba a que los cementerios estuviesen fuera de las ciudades e iglesias, las lápidas fuesen idénticas para todas las tumbas y sus inscripciones quedaran sometidas a revisión por parte de las autoridades locales. Pero el objeto inicial acaba siendo un mero pretexto para el desarrollo de un poema de propósito tanto meditativo y filosófico como político y moral.

Engarzando digresiones, muchas veces de manera ambigua o casi imperceptible, pero siempre eficaz, el poema alcanza momentos de auténtica intensidad lírica al tiempo que despliega una infinita musicalidad en la mejor tradi-

ción de los grandes maestros del poema de largo aliento en endecasílabo blanco. Se ha dicho que ninguna traducción podría hacer justicia a esa evanescente delicadeza y al tono de atemperada melancolía de la gran obra de Foscolo. En castellano lo intentó Menéndez Pelayo (*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. LXXXIX, 2013, 127-151) con pulcros y rotundos endecasílabos en una versión fechada en 1875. Empleaba, sin embargo, una lengua quizá excesivamente retórica y literaria, ajena al propósito estético del poeta.

A pesar de su carácter vehemente, melancólico y colérico casi hasta la imposibilidad de someterse a las normas sociales, los mejores poemas de Foscolo nacen de la serenidad de quien halla refugio y consuelo en el cultivo del arte y la creación y en la idea de la vida más allá de la muerte a través del recuerdo de los seres queridos y la memoria de la propia obra. De ahí la enumeración de hombres insignes enterrados en la florentina iglesia de Santa Croce (Maquiavelo, Miguel Ángel, Galileo y Alfieri) que compara con las tumbas de los héroes griegos caídos en Maratón. O el recuerdo de los héroes troyanos con que culmina para dedicar a la nobleza del gran héroe troyano, Héctor, los últimos versos de su poema: «El sagrado poeta, consolando / a esas almas dolientes con sus versos, / eternas las hará por cuantas tierras / abraza el padre Océano y tú, Héctor, / serás honrado siempre por las lágrimas / allí donde la sangre que es vertida / por la tierra natal siga llorándose / hasta que brille el sol en la desgracia».

El heroísmo como plasmación de la aspiración del ser humano al ideal más noble de sí mismo, incluso ante las circunstancias más adversas del exilio y la derrota, es al

cabo la idea central de la poesía de Foscolo, el gran poeta que sin descanso «buscó la fama con sus cartas» y, en el convulso y desengañado tiempo que le tocó vivir, supo mirar al futuro y a la posteridad con esperanza.

Solo conocíamos la existencia de una traducción al castellano de su poesía completa debida a Angélica Valentinetti (Ugo Foscolo, *Poesie. Poemas*, Barcelona, Bosch, 1983), una edición de carácter académico y profusamente anotada que nos ha acompañado durante muchos años y nos ha sido de gran utilidad. Desde hace tiempo, como homenaje a la obra de Foscolo, queríamos hacer una traducción poética que fuera respetuosa con el espíritu y el temperamento del original, pero a la vez aspirase a ser también objeto estético en nuestra lengua. Nuestra gratitud a la editorial Comares, y muy especialmente a Andrés Trapiello y Juan Marqués, por acogerla en esta colección La Veleta de la que tanto nos honra formar parte junto a tantos maestros admirados. Y a todos a ellos, con especial recuerdo a la memoria del gran poeta y traductor Carlos Pujol, a quien nunca tuve ocasión de expresar mi admiración en vida, queremos dedicarla.

Victoria León
*Sevilla, otoño de 2025*

# *Índice*

PRÓLOGO, *por Victoria León* . . . . . 7

## SONETOS

*ALLA SERA* . . . . . 22
A LA NOCHE. . . . . 23

*DI SÈ STESSO* . . . . . 24
DE SÍ MISMO . . . . . 25

*TE NUDRICE ALLE MUSE* . . . . . 26
MAESTRA DE LAS MUSAS . . . . . 27

*PERCHÉ TACCIA IL RUMOR* . . . . . 28
PUES SE ACALLA EL RUMOR . . . . . 29

COSÌ GL'INTERI GIORNI . . . . . 30
EL DÍA ENTERO . . . . . 31

*MERITAMENTE* . . . . . 32
MERECIDAMENTE . . . . . 33

*IL PROPRIO RITRATTO* . . . . . 34
AUTORRETRATO . . . . . 35

*E TU EN'CARMI AVRAI PERENNE VITA* . . . . . 36
VIDA ETERNA TENDRÁS EN LOS POEMAS . . . . . 37

*A ZACINTO* . . . . . 38
A ZANTE . . . . . 39

*IN MORTE DEL FRATELLO GIOVANNI* . . . . . 40
A LA MUERTE DEL HERMANO GIOVANNI . . . . . 41

*ALLA MUSA* . . . . . 42
A LA MUSA . . . . . 43

*A SÈ STESSO* . . . . . 44
A SÍ MISMO . . . . . 45

*LOS SEPULCROS*

*DEI SEPOLCRI* . . . . . 48
LOS SEPULCROS . . . . . 49

SE TERMINÓ ESTA EDICIÓN DE
A LA NOCHE
EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 2026

ISBN 979-13-7033-208-2

